



UTILIZACIÓN DEL PATRIMONIO BÍBLICO EN LA TRILOGÍA TRINITARIA

GONZALO ARANDA PÉREZ

Con una simple mirada a las notas a pie de página de estas tres Encíclicas se advierte enseguida la abundante utilización que en ellas se hace de la Sagrada Escritura. Una lectura más detenida puede descubrir además cuales son los pasajes y los temas bíblicos que constituyen de alguna forma la base o la estructura de la enseñanza pontificia. Es lo que intentaremos poner de relieve en estas páginas, fijándonos, al mismo tiempo, en el significado que ve el Pontífice en los diversos textos y en la manera en que los aduce. Por otra parte, trataremos de asomarnos a los procedimientos utilizados en orden a la interpretación de la Escritura.

Con este fin expondremos, *en primer lugar*, la estructura bíblica de cada uno de los tres documentos pontificios, o, al menos, los pasajes bíblicos en los que se apoya con más fuerza. No creo que fuese del todo exacto llamar a este aspecto del discurso el «argumento bíblico», tal como se entiende a veces en teología, ya que ello supondría el planteamiento previo —al menos metodológicamente— de unas afirmaciones que luego se corroboran con textos de la Biblia. Y no parece que sea ese el proceder del Papa. Más bien, como veremos en seguida, arranca de uno o varios pasajes bíblicos, y al hilo de sus expresiones va exponiendo la enseñanza¹. Además, procura positivamente integrar el lenguaje de la

1. Esto no quiere decir que el Papa no parta de una idea previa que le orienta en la selección e interpretación de los pasajes bíblicos. Trataremos de ello más adelante.

Biblia en las mismas explicaciones o reflexiones que va haciendo². Y este mismo afán está presente cuando trata directamente aspectos doctrinales o morales sin conectarlos de forma inmediata con algún tema bíblico. Esta forma de proceder hace que las citas de la Biblia sean tan abundantes, aunque en muchos casos únicamente se trata de alusiones superficiales, a nivel terminológico³. Por esto mismo, creo que será útil y orientativo intentar, ante todo, determinar la línea bíblica fundamental que aparece en cada una de las Encíclicas. *En segundo lugar*, intentaré analizar algunos aspectos concretos que me han parecido de más relieve en la utilización que el Papa hace del patrimonio bíblico.

I. ESTRUCTURA BÍBLICA DEL CONJUNTO Y DE CADA UNA DE LAS TRES ENCÍCLICAS

1. *El conjunto de las tres Encíclicas*

En su conjunto una trilogía de documentos sobre la Stma. Trinidad parecería responder inmediatamente a la sistematización teológica sobre el misterio de Dios Uno y Trino. Pero tal sistematización hunde sus raíces y encuentra su expresión más primitiva en el Nuevo Testamento. Y ahí precisamente recurre Juan Pablo II a la hora de manifestar la motivación, e incluso el contenido de estas tres Encíclicas. En efecto, al comienzo de la *Dominum et vivi-*

2. En efecto, así lo dice al comenzar DM: «deseo recurrir al lenguaje eterno —y al mismo tiempo incomparable por su sencillez y profundidad— de la revelación y de la fe, para expresar precisamente con él, una vez más, las grandes preocupaciones de nuestro tiempo». Este mismo deseo se percibe también en las otras dos Encíclicas.

3. Esta misma forma de utilización de la Escritura la encontramos también en muchos de los documentos del Magisterio, incluido el Vaticano II. Con ello se da un tono bíblico a la enseñanza propuesta que aparece así «ilustrada» con la Biblia. Más que de exégesis se trata simplemente de asumir en el discurso la fraseología bíblica. Pero con ello, ciertamente, se potencia de alguna forma un determinado sentido del texto.

cantem cita el texto de 2 Cor 13, 13: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros». Y comenta a continuación: «De esta exhortación han partido, en cierto modo, y en ella se han inspirado las precedentes Encíclicas *Redemptor hominis* y *Dives in misericordia*, las cuales celebran el hecho de nuestra salvación realizada en el Hijo, enviado por el Padre al mundo ‘para que el mundo se salve por Él’ (Jn 3, 17) y ‘toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre’ (Flp 2, 11). De esta misma exhortación arranca ahora la presente Encíclica sobre el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo (...): él es una Persona divina que está en el centro de la fe cristiana y es la fuente y fuerza dinámica de la renovación de la Iglesia»⁴.

En estas palabras del Papa se ofrece una explicación del texto paulino, al tiempo que se señala el contenido general de cada una de las Encíclicas. La salvación realizada por Cristo se identifica con la «gracia» —*charis*— y constituye el contenido de *Redemptor hominis*. El «amor del Padre» —*agape tou theou*— culmina en el envío del Hijo, y es el tema central de *Dives in misericordia*⁵. Finalmente, la *koinonia* realizada por el Espíritu Santo —«la fuente de la suprema unidad de la Iglesia»— es el tema de *Dominum et vivificantem*. Queda así presentada la estructura bíblica del conjunto de las tres Encíclicas, tanto en lo que se refiere a su punto de partida como a su contenido.

Un esquema similar, pero a partir de otros textos bíblicos, es el que presenta al comienzo de la primera de las tres Encíclicas, en la RH, al describir a Cristo como Aquél que viéndolo nos muestra al Padre (cfr. Jn 14, 9), Aquél que debía irse de nosotros (cfr. Jn 16, 7) (...) —se refiere a la muerte en Cruz y después a la Ascensión a los cielos— para que el Abogado viniese a nosotros como Espíritu de la Verdad (cfr. Jn 16, 7.13)»⁶. Aparece en síntesis la di-

4. DV, 2.

5. Conviene observar que el texto de S. Juan citado aquí por el Papa viene en el Evangelio introducido por el verbo *agapao* —tanto amó Dios al mundo... (Jn 3, 16)— con lo que se resalta su relación con el pasaje paulino.

6. RH, 7.

mención trinitaria de la economía de la salvación, tal como se presentará en las tres Encíclicas. De hecho, estos mismos textos serán el punto de partida en la *Dominum et vivificantem*.

2. *El patrimonio bíblico de la «Redemptor hominis»*

a. *La figura del Redentor*

La Encíclica comienza propiamente con una presentación de Cristo, en la que recoge una serie de textos del NT, todos ellos de carácter eminentemente soteriológico, y que responden a dos coordenadas bien enraizadas en la teología bíblica. *La primera*, la relación de Cristo con la Iglesia y con el hombre: Él es la Cabeza (cfr. Ef 1, 10.24; 4, 25; Col 1, 18), Aquél de quien todo procede y para quien somos nosotros (1 Cor 8, 6; cfr. Col 1, 17), el camino y la verdad (Jn 14, 6), la resurrección y la vida (Jn 11, 25). *La segunda*, la contemplación de Cristo en el misterio de Dios: Aquél a quien viéndole nos muestra el rostro del Padre (Jn 14, 9), el que debía irse de nosotros para que el Abogado viniese como Espíritu de la Verdad (Jn 16, 7.31). Queda así presentada la figura del Redentor del hombre con un lenguaje exclusivamente bíblico⁷.

b. *La Redención*

La obra de la Redención es considerada, ante todo, desde una perspectiva que será particularmente destacada por Juan Pablo II a lo largo de las tres Encíclicas: como *la creación renovada*⁸. Para ello acude fundamentalmente a tres pasajes bíblicos: *Gn 1, 26-30* que muestra el proyecto originario de Dios en la creación del hombre; *Rom 8, 19-22* donde S. Pablo expone el fracaso de aquel pro-

7. Cfr. RH, 7.

8. Cfr. RH, 8.

yecto con el sometimiento de la creación a la vanidad; y *Rom* 5, 12-21 donde el mismo Apóstol presenta la redención de Cristo contrastando la obra de los dos Adán, el primero por el que entró el pecado, y el segundo, Cristo, por el que vino la gracia. Como clave de interpretación de estos textos se introduce Jn 3, 16: «Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito...». Estos cuatro pasajes citados aquí por el Papa constituirán, a lo largo de las tres Encíclicas, puntos constantes de referencia; se cuentan entre los más citados.

El Papa sigue profundizando en el misterio de la Redención, y expone *su dimensión divina y humana*. La *divina* —tema que desarrollará propiamente en la DM— viene aquí resumida al recoger algunos conceptos fundamentales de teología paulina: la «reconciliación con Dios» (cfr. *Rom* 5, 11; *Col* 1, 20); la justificación y predestinación a la filiación divina (*Rom* 8, 29; *Ef* 1, 5); la expiación-satisfacción, que el Papa ve reflejada en *2 Cor* 5, 21; *Gal* 3, 13⁹. Estos temas son puestos ya aquí en relación con el de la creación renovada, pues en ellos «el Dios de la creación se revela como Dios de la redención, como Dios que es fiel a sí mismo (cfr. *1 Tes* 5, 24), fiel a su amor al hombre y al mundo, ya reflejado el día de la creación»¹⁰.

De igual modo, al exponer ahora *la dimensión humana de la Redención*, la centra en que en Cristo, el hombre «vuelve a encontrar la grandeza, dignidad y valor propios de su humanidad (...), el hombre en cierto modo es nuevamente creado»¹¹. Este aspecto de la Redención —su dimensión humana— ocupará el resto de la RH,

9. Cfr. RH, 9. El aspecto de expiación lo ve reflejado el Papa en los textos citados, y en este sentido comenta: «El suyo (de Dios) es amor que no retrocede ante nada de lo que en Él mismo exige la justicia. Y por esto al Hijo, a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros para que en Él fuésemos justicia de Dios' (*2 Cor* 5, 21)». Sin embargo la consideración del Papa no se queda en el aspecto de expiación-satisfacción, sino que inmediatamente se remonta a sus motivos: el amor de Dios más fuerte que el pecado, y que ya aquí es llamado, siguiendo una cita de Sto. Tomás (cfr. *Summa Theologiae*, III, q. 46, a. 1 ad 3) misericordia. Esta ya *in nuce* el contenido de la siguiente Encíclica, la DM.

10. RH, 9.

11. RH, 10.

tanto en lo que se refiere al hombre en particular y su situación en el mundo contemporáneo (cap. 3), como en lo que concierne a la misión de la Iglesia y la suerte del hombre (cap. 4). Al esbozar estos temas en el capítulo dedicado al misterio de la redención (cap. 2), el Papa únicamente señala algunas orientaciones bíblicas: Gal 3, 28 para ilustrar la nueva creación¹²; Jn 14, 26 para expresar la misión que la Iglesia tiene de custodiar la verdad; Act 17, 22-31 para mostrar la actitud de respeto y discernimiento de la Iglesia en su misión evangelizadora¹³; y varios textos de S. Juan acerca de la Verdad traída por Cristo (Jn 7, 16; 8, 32; 18, 37; 4, 23).

c. *El hombre redimido*

En el capítulo dedicado directamente al *hombre redimido y su situación en el mundo contemporáneo*, el Papa acude de nuevo, y en primer lugar, a los relatos de la creación: Gn 1-2. En Gn 1, 27 se fundamenta la «dignidad única e irrepetible del hombre concreto en el que permanece intacta la imagen y semejanza con Dios mismo»¹⁴. En Gn 1, 28 lee la relación respetuosa que el hombre ha de tener con la naturaleza: «como 'dueño' y 'custodio' inteligente y noble, y no como 'explotador' y 'destructor'»¹⁵. En Gn 1-2 en su conjunto se ven revelados, al menos en sus «gérmenes creativos», los auténticos signos de la grandeza del hombre, y precisamente a su luz, se suscitan las múltiples inquietudes ante la orientación actual del progreso y de la técnica¹⁶. La responsabilidad cristiana an-

12. Gal 3, 28: «Ya no hay judío, ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». En su contexto estas palabras de S. Pablo se refieren a la participación de todos por igual en las promesas de salvación hechas a Abrahán, y no tanto a la nueva creación. En cambio no se citan aquí los riquísimos textos sobre el tema como 2 Cor 5, 17; Ef 2, 15; Gal 6, 15; etc.

13. Act 17, 22 ss. narra la predicación de Pablo en el Areópago. A este texto une también el Papa Jn 2, 25 (Cristo conoce lo que hay en el interior del hombre) y Jn 3, 8 (el Espíritu sopla donde quiere) para ilustrar ese respeto de la Iglesia por todo hombre.

14. RH, 13.

15. RH, 15.

16. Cfr. *ibidem*.

te tales problemas se hace particularmente evidente para el Papa «cuando recordamos la escena del juicio final, según las palabras de Cristo transmitidas en el Evangelio de S. Mateo (cfr. Mt 25, 31-46)»¹⁷.

Ante los signos positivos de nuestro tiempo (como por ej. las declaraciones de derechos humanos) y, por otra parte, las contradicciones que se observan (como por ej. la frecuente conculcación de tales derechos, aun admitiendo su «letra»), la Encíclica acude a la frase paulina de que «la letra mata, mientras el espíritu da vida» (2 Cor 3, 6). Lo que S. Pablo dice de la Ley con relación a la Gracia, del AT con relación al NT, el Papa lo convierte aquí en un axioma general aplicable a un texto y a su espíritu.

d. *La Iglesia, Cuerpo de Cristo*

Mucho más abundantes son las referencias bíblicas en el siguiente capítulo de la RH dedicado a *la misión de la Iglesia y la suerte del hombre*. En primer lugar, hace notar que la Iglesia, por ser Cuerpo de Cristo, y, al mismo tiempo, Pueblo, percibe la plena unión de Cristo con el hombre, pues «todo hombre de este pueblo está penetrado por aquel soplo de vida que proviene de Cristo»¹⁸. Y porque la vida misma de la Iglesia, como cuerpo, organismo social, no es otra que la unión con Cristo, la Iglesia es el instrumento para que Cristo se una en cierto modo a todo hombre. El tema paulino de la Iglesia, Cuerpo de Cristo parece presentar, en este nada fácil párrafo de la Encíclica, dos dimensiones complementarias: a) la Iglesia como Cuerpo de Cristo está animada por la vida que procede de la cabeza y llega a cada uno de sus miembros; b) la Iglesia como Cuerpo de Cristo, formado por hombres concretos, con sus problemas reales, percibe la luz y la fuerza de Cristo en

17. RH, 16.

18. RH, 18. Es necesario señalar la defectuosa traducción española de este punto al omitir «de este pueblo», con lo que el sentido cambia radicalmente.

orden a esos problemas, y por ello está en condiciones de poder ofrecerlo a todo hombre¹⁹.

e. El servicio de la Iglesia al mundo es la unión con Cristo

Lo que la Iglesia ofrece al hombre no es otra cosa que la unión con Cristo. Para explicar los efectos de esta unión se acumulan en la Encíclica numerosos textos del NT en los que aparecen las siguientes realidades: el hombre nuevo (cfr. 2 Pe 1, 4); nuevamente creado en Cristo en la plenitud de la gracia y la verdad (cfr. Ef 2, 10; Jn 1, 14.16), con un principio de vida nueva que dura hasta la vida eterna (cfr. Jn 4, 14; 11, 25 s.); vivificado, incluso en el cuerpo, por el Espíritu (cfr. Jn 6, 63); hecho hijo de Dios (cfr. Jn 1, 12; Gal 4, 5 s.; Rom 8, 15), dotado de la fuerza del Espíritu (cfr. Rom 15, 13; 1 Cor 1, 24; Is 11, 21; Act 2, 38; Gal 5, 22). Estas realidades, comenta el Papa, son un gran tesoro de la humanidad que la Iglesia debe conservar y acrecentar, urgida precisamente por su amor al hombre²⁰. De ahí que la Iglesia invoque con insistencia al Espíritu: Él infunde en nosotros los sentimientos del Hijo y nos orienta al Padre (cfr. Rom 8, 15; Gal 4, 6). Tal es el servicio de la Iglesia al mundo, como el de Cristo (cfr. Mt 20, 28).

f. Servicio profético

En este servicio, la Iglesia, como sujeto social, tiene una responsabilidad respecto a la verdad. Responsabilidad que radica en

19. Una cita con once referencias a las cartas paulinas viene a ilustrar el tema de la Iglesia Cuerpo de Cristo. En ella se recogen, sin orden, aspectos muy diversos, aunque ciertamente conectados de alguna manera con el tema. 1 Cor 6, 15 y Ef 5, 30 tratan de la unión del cristiano con Cristo; 1 Cor 11, 3 refleja la autoridad de Cristo sobre todo hombre; 1 Cor 12, 22; Rom 12, 4 ss.; Gal 3, 28 presentan a Cristo Cabeza resaltando el aspecto de la unidad de los cristianos en Cristo; Ef 1, 22; Col 1, 18 donde la Iglesia aparece en su función de cara a la humanidad.

20. Cfr. RH, 18.

que se trata de una verdad recibida, que procede de Dios. En este sentido el Papa ve especial fuerza, en orden a la fidelidad de la Iglesia al transmitir la verdad, en las palabras de Cristo: «la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me ha enviado» (Jn 14, 24). También la Iglesia ha sido enviada, recibiendo su misión de Cristo mismo: «Como me envió mi Padre, así os envío Yo... recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 21).

g. *Servicio sacerdotal*

También la Iglesia participa de la acción salvadora de Cristo. Ésta comienza para cada cristiano en el Bautismo —participación en la muerte y resurrección de Cristo (cfr. Rom 6, 3 ss.), y culmina en la Eucaristía. Precisamente desde esa enseñanza paulina sobre el Bautismo resalta el Papa que la Eucaristía es el centro y el vértice de toda la acción sacramental de la Iglesia. En efecto, en la Eucaristía se renueva el sacrificio de Cristo «obediente hasta la muerte» (Fil 2, 8) y nos unimos a Cristo terrestre y celestial que intercede ante el Padre (cfr. Heb 9, 24; 1 Jn 2, 1). Por el sacrificio de Cristo hemos sido «comprados a precio» (1 Cor 6, 20) y llegado a ser hijos de Dios (cfr. 1 Jn 1, 12; Rom 8, 23; 1 Pe 2, 9) y sacerdocio real (cfr. 1 Pe 2, 5-10).

La frase de S. Pablo en 1 Cor 11, 28: «Examínese, pues, el hombre a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz», sirve en la Encíclica para establecer la íntima relación entre la Eucaristía y la Penitencia²¹. Pero enseguida fundamenta más esa relación acudiendo a la primera palabra de la predicación de Cristo: «Arrepentíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15), que vuelve a resonar —explica el Papa— en la invitación al banquete eucarístico para que éste adquiera su plena eficacia redentora. Entre los textos bíblicos aducidos para resaltar el carácter personal de la Penitencia²² cabe destacar Mt 5, 6: «Bienaventurados los que tienen ham-

21. Cfr. RH, 20.

22. Sal 50 (51), 6; Mc 2, 5; 8, 11.

bre y sed de justicia, porque ellos serán saciados». El sacramento de la Penitencia —comenta Juan Pablo II— «es el medio para saciar al hombre con la justicia que proviene del mismo Redentor»²³.

h. *Servicio regio*

Junto a la responsabilidad de la Iglesia en la verdad —*munus propheticum*— y su participación en la obra de la salvación por la vida sacramental —*munus sacerdotale*—, el Papa señala otro aspecto: «la realeza» del cristiano, o dicho de otro modo, «la particular dignidad de nuestra vocación» que se expresa en la disponibilidad para servir, según el ejemplo de Cristo «que no ha venido a ser servido sino a servir» (Mt 20, 28). Este servicio lo realiza cada uno según el propio don que ha recibido: el Papa apela aquí explícitamente a la enseñanza paulina sobre carismas y ministerios, aunque sin emplear estos términos (cfr. 1 Cor 7, 7; 12, 7.27; Rom 12, 6 y Ef 4, 7)²⁴.

i. *María y la Iglesia*

Finalmente, el Papa vuelve la mirada a la Stma. Virgen como Madre de la Iglesia, y hace especial hincapié en los dos pasajes en que María aparece unida con más claridad al comienzo de la Iglesia: Jn 19, 26-27 y Act 1, 14.

j. *Síntesis*

Si después de este resumen quisiéramos indicar los grandes capítulos de teología bíblica abordados en la RH, cabría señalar:

23. RH, 20.

24. Cfr. RH, 21. Como comentario a estos textos en general escribe el Papa: «Este 'don' a pesar de ser una vocación personal y una forma de participación en la tarea salvífica de la Iglesia, sirve a la vez a los demás, y construye la Iglesia y las comunidades fraternas en las varias esferas de la existencia humana sobre la tierra».

— El misterio de la Redención es comprendido como la creación renovada por Cristo, manifestándose así Dios fiel a su amor revelado desde el principio.

— La renovación de la creación se realiza a través del hombre histórico concreto llamado a actuar en el mundo según las obras de misericordia.

— La Iglesia, Cuerpo de Cristo, conserva y ofrece al hombre la participación en la Redención, ejerciendo su misión profética, sacerdotal y real.

3. *El patrimonio bíblico en la «Dives in misericordia»*

a. *Planteamiento de la Encíclica*

Esta Encíclica presenta una estructura bíblica más nítida que la RH. En efecto, toda ella es como el desarrollo de un gran tema bíblico que aparece ya en el mismo título, tomado de Ef 2, 4 y presentado de esta forma: «Dios rico en misericordia es el que Jesucristo nos ha revelado como Padre»²⁵. Esta revelación está atestiguada en las palabras de Jesús transmitidas en Jn 14, 8: «Quien me ve a mí, ve al Padre»; porque Dios, a quien nadie ha visto jamás, se ha dado a conocer por Cristo (cfr. Jn 1, 18). A partir de este planteamiento el Papa va desarrollando, en cierto modo, el tema de la misericordia en la Sagrada Escritura.

b. *La misericordia en la predicación de Jesús*

Presenta, en primer lugar (cap. 2), una gran síntesis del mensaje mesiánico de Jesús, resaltando la escena de la sinagoga de Nazareth, tal como la transmite Lc 4, 18 s., y la respuesta a los discípu-

25. DM, 1.

los del Bautista de Lc 7, 19: «Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios...». Alude asimismo a varios pasajes evangélicos en los que Jesús «hace de la misma misericordia uno de los temas principales de su predicación»²⁶, y a otros en los que Cristo exige a los hombres que se dejen guiar por el amor y la misericordia (cfr. Mt 22, 38; 5, 7).

c. La misericordia en el Antiguo Testamento

A continuación se detiene en analizar el tema de la misericordia en el Antiguo Testamento, precisamente, porque así se pondrá mejor de relieve su novedad en el Nuevo, y especialmente en el misterio pascual. Aduciendo numerosos textos, hace un recorrido tanto de las situaciones en que el pueblo de Israel experimentó la misericordia de Dios tras haber sido infiel, como de la rica terminología empleada en el AT para expresarla: *hesed* y *rahamim*. La misericordia queda definida como «una potencia especial del amor, que prevalece sobre el pecado y la infidelidad del pueblo elegido»²⁷. Pero el Papa va más allá, poniendo de relieve la relación entre la misericordia y la justicia. Aquella es expresión del amor, es más grande que ésta en el sentido de que la condiciona y, «en definitiva, la justicia es servidora de la caridad»²⁸. El fundamento de esa relación entre la misericordia y la justicia lo ve el Papa indicado en la frase de Sab 11, 24: «*nihil odisti eorum quae fecisti*». Aquí se refleja la vinculación del amor de Dios con la creación, en el misterio mismo de la creación, con el que está vinculado el misterio de la elección que tiene en perspectiva la historia entera del hombre²⁹.

26. DM, 3. Cita, como ejemplo, las parábolas del hijo pródigo (Lc 15, 11-32), del buen samaritano (Lc 10, 30-37), del siervo inicuo (Mt 18, 23-35), de la oveja extraviada (Mt 18, 12-14; Lc 15, 3-7) y de la dracma perdida (Lc 15, 8-10).

27. DM, 4.

28. *Ibidem*.

29. Cfr. DM, 4. Esta perspectiva, a la vez temporal y escatológica la ve reflejada el Papa en los textos que cita a pie de página: Jn 4, 2.11; Sal 145, 9; Ecclo 18, 8-14; Sab 11, 23-12, 1.

d. *La misericordia en el Nuevo Testamento*

Tras haber expuesto *el concepto de misericordia en el AT*, vuelve a la consideración del *Nuevo*, para analizar tres momentos en los que dicho concepto no sólo es asumido, sino profundizado y llevado a plenitud:

Primero, la parábola del hijo pródigo de Lc 15, 11-32, que es introducida tras señalar la presencia del concepto *hesed* en el *Magnificat* (Lc 1, 49-54), y del concepto *rahamim* en el *Benedictus* (Lc 1, 66-72). Bajo la analogía de la parábola se ve una profundización en el concepto de misericordia en cuanto que, al mismo tiempo que se respeta la justicia, es recuperada la dignidad del hijo y se manifiesta el amor del padre, fiel a su paternidad.

Segundo, la muerte y resurrección de Cristo, el *mysterium paschale*, iluminado ahora especialmente con la frase de 2 Cor 5, 21: «A quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros». Bajo esta luz, la Redención aparece como la plenitud de la justicia «a la medida» de Dios, y como plenitud del amor, ya que esa justicia nace del amor y fructifica en el amor; «restituye al amor su fuerza creadora en el interior del hombre»³⁰. Esta fuerza creadora se inicia con la invitación que la cruz hace al hombre a sentir, él mismo, la misericordia. Desde esta perspectiva, Mt 5, 7 —«Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia»— representa, en cierto sentido, «una síntesis de toda la Buena Nueva»³¹. *La resurrección de Cristo* es, en este contexto, «el signo que corona la entera revelación del amor misericordioso en el mundo sujeto al mal, porque en ella, Cristo ha experimentado de manera radical, en sí mismo, la misericordia, es decir, el amor del Padre que es más fuerte que la muerte»³². A la vez, la resurrección es el

30. DM, 7.

31. DM, 7. «Estas palabras del sermón de la montaña, comenta el Papa, al hacer ver las posibilidades del «corazón humano» en su punto de partida («ser misericordiosos»), ¿no revelan quizá, dentro de la misma perspectiva, el misterio profundo de Dios: la inescrutable unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la que el amor, conteniendo la justicia, abre el camino a la misericordia, que a su vez, revela la perfección de la justicia?».

32. DM, 7.

signo escatológico que preanuncia un cielo nuevo y una tierra nueva (cfr. Apoc 21, 1.4).

Tercero, la Santísima Virgen Madre de la misericordia. Ella pronunció proféticamente las palabras del *Magnificat*: «Su misericordia de generación en generación» (Lc 1, 50) y ha sentido como nadie la misericordia estando al pie de la Cruz, siendo la Madre del Crucificado, y ya antes, con su «participación escondida e incomparable en el misión mesiánica del Hijo». De ahí que Ella merezca de modo excepcional la misericordia, y «en ella y por ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad»³³.

e. La misericordia en la generación presente y en la vida de la Iglesia

El Papa ve también, incluida en las palabras proféticas del *Magnificat*, a esta generación, y ello le da pie, en primer lugar, para mostrar la necesidad de la misericordia en nuestro tiempo, precisamente, como culminación de la justicia; y, en segundo lugar, para exponer la misión de la Iglesia como testimonio de la misericordia de Dios: proclamándola, practicándola e implorándola.

La Iglesia proclama la misericordia en su vida y en su piedad, pero sobre todo —señala el Papa— a través de las lecturas bíblicas de la Liturgia y en la Eucaristía. Parafraseando a S. Pablo escribe: «Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, no sólo anunciamos la muerte del Redentor, sino que proclamamos su resurrección, mientras esperamos su venida gloriosa (cfr. 1 Cor 11, 26)»³⁴.

*La Iglesia trata de practicar la misericordia*³⁵. La Iglesia ve en la bienaventuranza de Mt 5, 7 «una llamada a la acción y se esfuer-

33. DM, 9.

34. DM, 13.

35. Cfr. DM, 14.

za por practicar la misericordia»³⁶. Así tiene como modelo a Cristo, que es al mismo tiempo objeto de misericordia en los que sufren (cfr. Mt 25, 34-40). Desde ahí entiende el Papa la misericordia en esa dimensión bilateral, que, lejos de humillar, enaltece a quien la recibe y le coloca en plano de igualdad con el que la practica. Es así como se realiza «el amor paciente y benigno» de 1 Cor 13, 4. En este sentido, continúa exponiendo el Papa, la misericordia conecta con el perdón, pues la conciencia de ser «deudores» nos urge a perdonar. Es lo que se refleja en el Padrenuestro (cfr. Mt 6, 2) y en la exhortación paulina de «soportarnos mutuamente con amor» (cfr. Ef 4, 2; Gal 6, 2).

*La Iglesia implora la misericordia*³⁷. Se apoya en que Dios es fiel a sí mismo, y no desprecia nada de lo que ha creado (cfr. Sab 11, 24; Sal 145, 9; Gen 1, 31). En su súplica la Iglesia hace suyas las palabras de Cristo en la Cruz: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).

f. *Síntesis*

Como visión de conjunto de la DM en perspectiva bíblica se percibe el desarrollo del tema de la misericordia en la Sagrada Escritura: Dios se revela rico en misericordia en la creación, en la elección y en la vida del pueblo de Israel, en la predicación y actuación de Jesucristo, especialmente en su muerte y resurrección, y en la Iglesia. El concepto de misericordia, superior al de justicia, implica la capacidad de sacar bien del mal, incluso del pecado.

4. *El patrimonio bíblico en la «Dominum et vivificantem»*

a. *Estructura de la Encíclica*

La forma de utilización de la SE en la DV es muy similar a la que hemos visto en la DM, en el sentido de que, a diferencia

36. *Ibidem*.

37. Cfr. DM, 16.

de RH, en estas dos Encíclicas el Papa se detiene en la exposición de temas bíblicos o en la reflexión sobre pasajes concretos de la Biblia.

La DV está claramente estructurada en tres partes: la primera en torno al envío del Espíritu Santo por parte del Padre y del Hijo; y las dos siguientes en torno a la acción del Espíritu: convencer al mundo en lo referente al pecado, y dar la vida. En la primera y segunda parte, el texto bíblico central sobre el que se apoya es el discurso de Jesús en la cena pascual (Jn 14-17); en la tercera parte, en cambio, va recorriendo diversos lugares bíblicos en los que aparece la acción vivificante del Espíritu Santo, desde la concepción de Cristo (Lc 1-2; Mt 1-2), hasta su presencia para orar en el corazón del cristiano (Rom 8, 26-27).

b. *El envío del Espíritu Santo*

* *Revelación y promesa en las palabras de Jesús*

La primera parte se inicia con el recuerdo de la «promesa y revelación» de Jesús durante el discurso de la cena, señalándose así esas dos dimensiones de las palabras de Jesús: por una parte son *revelación* que da a conocer la realidad del Espíritu Santo como Persona divina; y por otra son *promesa* que muestra la relación esencial entre la redención obrada por Cristo y la donación del Espíritu. Ambas dimensiones de las palabras de Jesús son inseparables, y el Papa no intenta distinguirlas; va recorriendo sencillamente las frases del discurso joánico y sacando consecuencias en orden a la comprensión del Espíritu Santo.

El Espíritu es «otro Paráclito» (Jn 14, 16) con relación al primero que es Jesucristo mismo. Las diversas acciones del Espíritu que aparecen a lo largo del discurso (enseñar, recordar, dar testimonio, recibir y comunicar) hacen que este pasaje evangélico sea el culmen de la revelación trinitaria —dice el Papa—, y pueda leerse como preparación especial a la fórmula trinitaria bautismal de Mt 28, 19: «Id y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»³⁸.

38. DV, 9.

* *El Espíritu en la Creación y en la Redención*

Enseguida relaciona Juan Pablo II la «nueva comunicación salvífica por el Espíritu Santo, que se inicia en la obra de la Redención», con el «inicio originario de la donación salvífica de Dios que se identifica con el misterio de la creación»³⁹. El Papa ve ya de alguna forma presente el Espíritu en Gn 1, 2, y la Redención como un nuevo inicio, ya que entre la creación y la Redención se ha interpuesto el pecado «contrario a la gracia del Espíritu de Dios en la creación, y, sobre todo, contrario a la comunicación salvífica de Dios al hombre»⁴⁰. Una vez más se acude a Rom 8, 19-23 para fundamentar bíblicamente el tema del pecado, la Redención, y la nueva presencia del Espíritu en la creación.

* *El Espíritu Santo y el Mesías*

Este nuevo inicio se abre con la obra del Mesías, del «ungido» con el Espíritu Santo. A este propósito se citan las palabras de S. Pedro en Act 10, 37: «...cómo Dios a Jesús de Nazareth lo ungió con el Espíritu Santo y con poder», y se alude a otros pasajes evangélicos de contenido similar (cfr. Lc 4, 16-21; 3, 16; 4, 14; Mc 1, 10). Para clarificar el significado de la «unción» de Jesús, el Papa recurre a los pasajes de Isaías sobre la unción del Mesías⁴¹, y hace a continuación un recorrido por aquellos pasajes evangélicos que hablan de la unción de Jesús por el Espíritu⁴², o en los que Jesús

39. DV, 12.

40. DV, 13-14.

41. Cfr. DV, 15-16. En concreto reproduce en el texto de la Encíclica Is 11, 1-3 que, como dice el Papa, constituye como un puente entre el antiguo concepto bíblico de «espíritu» entendido ante todo como «aliento carismático», y el «Espíritu como Persona y como don, don para la persona», y prepara así la revelación del Espíritu como Persona. Reproduce también Is 61, 1 s. que muestra la mediación del Mesías para conceder el Espíritu a todo el pueblo; Is 42, 1 que identifica al Mesías con el Siervo y refleja la mediación salvífica cara a toda la humanidad. Menciona también otros pasajes como Is 42, 6-9; 59, 21.

42. Cfr. DV, 17-19. Vuelve a mencionar de nuevo la escena de la sinagoga de Nazareth (Lc 4, 16-21, cfr. Is 61, 1), y el testimonio del Bautista en el Jordán (cfr. Lc 3, 16 y paralelos).

aparece lleno del Espíritu ⁴³, para desembocar en la escena de Cristo resucitado que da el Espíritu: «Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo (Jn 20, 19-22). Entonces, por una parte, culmina la elevación mesiánica de Cristo (cfr. Rom 1, 3 s.), y por otra, se cumplen las palabras de la promesa hecha por Jesús: «Si me voy os lo enviaré» (Jn 16, 7) ⁴⁴.

* *Pentecostés*

Pero «la manifestación definitiva de lo que se había realizado en el mismo cenáculo el domingo de Pascua —sigue explicando el Papa— tiene lugar el día de Pentecostés, en que comienza la ‘era de la Iglesia’ (cfr. Act 1-2)». No se detiene el Papa ahora en explicar esta escena, sino que únicamente señala sus consecuencias: el Espíritu Santo asume la guía invisible de la Iglesia, aunque en cierto modo «perceptible» en la Iglesia ⁴⁵.

c. *La acción del Espíritu respecto al mundo*

La segunda parte de la DV arranca de nuevo de las palabras del discurso de la última cena, y, en concreto de Jn 16, 8-11: «Él (el Espíritu), convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio...». «Aquí —dice el Papa— es importante tanto el significado de cada palabra, como el hecho de que Jesús las haya unido entre sí en la misma frase» ⁴⁶. Por ello se detiene en hacer una exégesis del pasaje: *pecado* significa la incredulidad ante la misión de Jesús; *justicia* quiere decir lo que Cristo recibe del Padre mediante la resurrección y ascensión al cielo; y *juicio*, la demostración por parte del Espíritu de la culpa del mundo en la condena a muerte de Jesús.

43. Cfr. DV, 20-21. En concreto Lc 10, 17-20; Mt 11, 25-27.

44. Cfr. DV, 22-24.

45. Cfr. DV, 25-26.

46. DV, 27.

* *El convencimiento del pecado*

También aquí la acción del Espíritu tiene una finalidad salvífica, precisamente porque sólo el príncipe de este mundo —«el cual desde el principio explota la obra de la creación contra la salvación»— es el que ha sido condenado. Ahora bien, porque «todas las palabras pronunciadas por el Redentor en el cenáculo la víspera de su pasión se inscriben en la era de la Iglesia»⁴⁷, es por lo que el Papa vuelve a la escena de Pentecostés para ver allí el «testimonio» que da el Espíritu sobre Cristo. Testimonio referente al pecado, en orden a su remisión. Y no solamente al pecado de haber rechazado a Cristo, sino al pecado como realidad originaria descrita en Gn 3: «el pecado del principio humano que consiste en la mentira y en el rechazo del amor»⁴⁸. El Papa se detiene ahora en considerar el pecado en el origen a la luz del misterio de la Redención: aquel pecado fue de desobediencia, mientras que la Redención fue la obediencia de Cristo (cfr. Rom 5, 19; Fil 2, 8).

* *La manifestación de la Redención*

Pero el convencer al mundo en lo referente al pecado por parte del Espíritu Santo, incluye también la manifestación de «cómo el pecado es vencido por el sacrificio del Cordero de Dios»⁴⁹. El sufrimiento derivado del pecado se transforma en amor salvífico en la pasión de Cristo, por obra del Espíritu Santo. Este aspecto el Papa lo profundiza a partir de la frase de la Carta a los Hebreos «cuánto más, la sangre de Cristo que, por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto al Dios vivo» (Heb 9, 13 s.). A partir de esta frase el Papa se detiene en considerar dos temas de gran interés: a) la acción del Espíritu Santo en la pasión de Cris-

47. DV, 29.

48. DV, 35.

49. DV, 39.

to y el aspecto sacrificial de su muerte⁵⁰; b) la acción del Espíritu en la conciencia del hombre de cara a su conversión y el perdón de los pecados (cfr. Jn 20, 22 s.) por la sangre de Cristo⁵¹. En este contexto el Papa se detiene también en explicar en qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo atestiguado en Mt 12, 31 s. y par.: este pecado consiste en el «rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo»⁵².

d. *La acción del Espíritu: donación de la vida*

* *En la Encarnación*

La tercera parte trata del Espíritu Santo que da vida. Comienza fijándose en el misterio de la Encarnación «por obra del Espíritu Santo» (cfr. Lc 1, 34 s.; Mt 1, 18). Afirma al respecto que «la concepción y el nacimiento de Jesucristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación»⁵³. El Verbo de Dios hecho hombre asume toda la humanidad, todo el mundo visible y material, se une a toda la creación. El Papa destaca la obediencia de la fe de María ante la auto-comunicación de Dios por el Espíritu Santo (cfr. Lc 1, 45).

* *En el nuevo nacimiento del hombre*

Desglosando las frases del prólogo de S. Juan⁵⁴, y del cap. 8 de Romanos⁵⁵, el Papa pone de relieve la acción del Espíritu Santo en quienes reciben a Cristo, pues «si la filiación de la adopción divina nace en los hombres sobre la base del misterio de la Encarna-

50. Cfr. *ibidem*, 39-41.

51. *Ibidem*, 42.

52. DV 46. El Papa transcribe en el texto de la Encíclica el pasaje correspondiente de los tres evangelios sinópticos, quizá para que así el lector pueda apreciar la coincidencia fundamental entre ellos y la fuerza que tienen las palabras de Jesús.

53. *Ibidem*, 50; cfr. 49-52.

54. En concreto Jn 1, 4; 1, 14; 1, 12.

55. Cfr. Rom 8, 14.15.16 s.

ción, o sea, gracias a Cristo, el Hijo eterno, el nacer de nuevo tiene lugar *cuando Dios Padre ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo* (cfr. Gal 4, 6; Rom 5, 5; 2 Cor 1, 22)⁵⁶. Así, concluye el Papa, «Aquél que en el misterio de la creación *da* al hombre y al cosmos *la vida* en sus múltiples formas visibles e invisibles, la *renueva* mediante el misterio de la Encarnación». Cuando el Pontífice se refiere aquí al gran jubileo de la Encarnación en el año dos mil, señala cómo es también el jubileo del Espíritu Santo. La mirada del Papa abarca los dos milenios de la acción del Espíritu de la Verdad, pero incluso va más atrás, considerando cómo el Espíritu actúa desde el principio, y remitiendo a Ef 1, 3-14 para fundamentarlo.

e. La oposición Espíritu-carne

Pero la acción del Espíritu Santo encuentra resistencia y oposición en la realidad humana⁵⁷. El Papa acude ahora al tema paulino de la oposición entre carne y espíritu, glosando Gal 5, 16-26; Rom 8, 5-13. En estos textos descubre tres dimensiones que se superponen y se complementan recíprocamente: «*la dimensión ontológica*» (la carne y el espíritu), *la ética* (el bien y el mal), y *la pneumatológica* (la acción del Espíritu Santo en orden a la gracia)⁵⁸. El Espíritu Santo fortalece al hombre interior y le introduce en una *nueva vida* llegando a ser templo vivo de Dios (cfr. Rom 8, 9; 1 Cor 6, 19) y realizándose así aquella imagen y semejanza de Dios que el hombre es desde el principio (cfr. Gn 1, 26 s.)⁵⁹.

f. La acción del Espíritu en la Iglesia

Ahora bien, la acción del Espíritu Santo se despliega después de Pentecostés mediante la acción de la Iglesia que hace presente la

56. DV, 52.

57. Cfr. *ibidem*, 55 ss.

58. *Ibidem*.

59. Cfr. *ibidem*, 58-59.

acción de Cristo. En efecto, después de su «partida», Cristo vuelve de nuevo (cfr. Jn 14, 18; Mt 28, 20) y esto se cumple precisamente por obra del Espíritu Santo «el cual hace que Cristo, que se ha ido, venga ahora y siempre de un modo nuevo (...) y esta nueva venida de Cristo, por obra del Espíritu Santo, se realiza en la realidad sacramental»⁶⁰, que adquiere su expresión más completa en la Eucaristía. Y es en la presencia eucarística de Cristo donde la Iglesia descubre, cada vez más profundamente, su propio misterio como sacramento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano, porque la Iglesia es signo e instrumento de la presencia y de la acción del Espíritu Santo. La presencia del Espíritu se manifiesta y se hace sentir en la oración (cfr. Rom 8, 26), especialmente en la oración de la Iglesia que con el Espíritu dicen: ¡Ven Señor Jesús! (Apoc 22, 17).

g. *Síntesis*

La utilización de la Sagrada Escritura en la DV corre al hilo de estos argumentos fundamentales:

- Jesucristo promete el Espíritu Santo en el discurso de la Cena Pascual y lo envía tras su resurrección y ascensión al cielo.
- El Espíritu Santo actúa realizando en el mundo y en la Iglesia lo que Jesús había prometido en el discurso de la Cena Pascual.
- El Espíritu actuó de forma singular en Jesucristo (encarnación, unción del Jordán, muerte y resurrección) y actúa en la Iglesia y en el cristiano.

II. CARACTERÍSTICAS DEL USO DE LA SAGRADA ESCRITURA

Tras haber expuesto en sus líneas esenciales el contenido bíblico de las tres Encíclicas de Juan Pablo II, queremos ahora fijar-

60. *Ibidem*, 61.

nos en los presupuestos hermenéuticos y procedimientos utilizados, que subyacen en el uso que hace de la Sagrada Escritura. Lo hacemos atendiendo a tres aspectos que nos han parecido más evidentes: el punto de partida desde el que se accede a la Biblia, la comprensión de la unidad de la Escritura, y su actualización.

1. *El acceso a los textos bíblicos*

El Papa arranca de un punto de partida que sirve de motivación para la selección de los pasajes, y que, al mismo tiempo está presente en toda la exposición: es la profunda convicción de que la Palabra de la Escritura señala realmente al hombre de nuestro tiempo el camino hacia la salvación. Esta convicción se apoya a su vez sobre otras dos: a) que la salvación sólo viene de Cristo ⁶¹; b) que el hombre actual está verdadera y urgentemente necesitado de esa salvación.

Son convicciones profundas que están en el centro de la fe cristiana, y que, de una forma u otra, han sido expresadas a lo largo de toda la Tradición. Pero Juan Pablo II apela directamente al Concilio Vaticano II, como acontecimiento de especial importancia en el que la Iglesia ha tomado renovada conciencia de estas convicciones y las ha expresado adecuadamente para el hombre de hoy. De ahí que, si ciertamente el Papa comienza cada una de las tres Encíclicas partiendo directamente de textos bíblicos, como hemos visto antes, al mismo tiempo remite también a la doctrina conciliar como punto de referencia que orienta de forma concreta el enfoque y el contenido de cada documento.

Así, la RH no quiere ser sino la respuesta fundamental y radical a la pregunta que el Papa se plantea al comienzo de su pontificado sobre cómo proseguir «las vías por las que el Concilio de nuestro siglo ha encaminado a la Iglesia» ⁶² y la respuesta que da

61. Así lo expresa ya al comienzo de la RH: «A Él (a Cristo) queremos mirar nosotros porque sólo en Él, el Hijo de Dios, hay salvación» (RH, 7).

62. *Ibidem*.

es que «la única orientación del Espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del mundo». Este va a ser, en efecto, el contenido de la Encíclica ⁶³.

De igual modo, la DM, tras comenzar con la unión programática de Ef 2,4 —«Dios rico en misericordia»— y Jn 14, 8 —«el que me ha visto a Mí ha visto al Padre»—, enseguida se acude a la constitución *Gaudium et spes* para concretar el objetivo de la Encíclica: «descubrir, una vez más, en el mismo Cristo el rostro del Padre», ya que «Cristo, el nuevo Adán, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» ⁶⁴. Las afirmaciones y la perspectiva del Vaticano II sobre la grandeza y dignidad humanas, solamente recuperadas en Cristo, son como el «prejuicio» con que Juan Pablo II acude a la Escritura.

También al comienzo de la DV el Papa señala como punto de partida, junto a la frase de 2 Cor 13, 13, la herencia profunda del Concilio. Con estilo un tanto reiterativo escribe: «De esta exhortación (2 Cor 13, 13) arranca ahora la presente Encíclica sobre el Espíritu Santo (...). Esta Encíclica arranca de la herencia profunda del Concilio» ⁶⁵. Esta herencia viene concretada de algún modo al decir que «su enseñanza (del Concilio) sobre la Iglesia en sí misma y sobre la Iglesia en el mundo, nos anima a penetrar cada vez más en el misterio trinitario de Dios». Es así, prosigue, cómo «la Iglesia responde a ciertos deseos profundos que trata de vislumbrar en el corazón de los hombres de hoy: un nuevo descubrimiento de Dios en su realidad trascendente de Espíritu infinito» ⁶⁶.

En las tres Encíclicas, pues, se acude al texto bíblico desde una visión doctrinal previa catalizada en el Concilio Vaticano II, y

63. *Ibidem*. Al comienzo de la DM recordará el Papa que la RH ha sido dedicada «siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y en correspondencia con las necesidades particulares de los tiempos en que vivimos, a la verdad sobre el hombre, verdad que nos es revelada en Cristo, en toda su plenitud y profundidad» (DM, 1).

64. DM, 1.

65. DV, 2.

66. *Ibidem*.

en la que podríamos decir que se resalta sobre todo: 1) a Cristo como el único y verdadero salvador del hombre, 2) la salvación como la recuperación de la dignidad humana establecida por Dios en la creación y reestablecida en la Redención, y 3) la Iglesia, urgida en la realización de su misión por la nueva conciencia adquirida en nuestro tiempo y por su amor al hombre. Estas ideas fundamentales parecen guiar al Papa en la selección de los pasajes bíblicos en los que pone más énfasis y en la presentación que de ellos hace. Baste recordar por ej. el detenimiento en la parábola del hijo pródigo en la DM, o en la explicación del discurso de Jesús en la Última Cena.

2. *La unidad de la Sagrada Escritura*

Un aspecto que merece destacarse en estas Encíclicas es, sin duda, la visión abarcante que presentan de toda la Escritura. Tal visión proviene de la consideración de la unidad del plan salvífico de Dios y de que toda la Escritura está referida, en definitiva, a la obra redentora de Cristo. Esto se percibe ya en el hecho de que el Papa acostumbra a entrelazar varios textos, sobre todo del Nuevo Testamento, para mostrar así su profundo significado⁶⁷. Pero la unidad del conjunto de la Escritura se pone especialmente de relieve en la contemplación de la Redención como la creación renovada, y en la conexión establecida entre la historia del Antiguo Testamento y la obra de Cristo.

a. *La Redención como la creación renovada*

Esta dimensión de la Redención constituye, a nuestro juicio, una de las líneas de fuerza más importantes —por no decir el qui-

67. Obsérvese por ej. a este respecto los «mosaicos» de textos para presentar la figura del Redentor (cfr. RH, 7), o el misterio de la Redención (cfr. RH, 9). O, también, la forma de comenzar la DM uniendo Ef 2, 4 con Jn 14, 8 ss., procedimiento habitual en estos documentos.

cio fundamental— sobre las que se apoya la enseñanza de Juan Pablo II. En efecto, el Papa irá señalando cómo por la Redención se recupera la bondad originaria de la creación, ya que la sabiduría y el amor de Dios, fuente de toda bondad, se despliegan de nuevo en el advenimiento de Cristo, el Hijo de Dios⁶⁸. En el Hombre-Cristo se establece el vínculo con Dios, que había quedado roto en el hombre-Adán. Y este restablecimiento afecta en primer lugar al hombre, que en Cristo descubre y recupera la grandeza de su ser y de su vocación⁶⁹; y, mediante el hombre, llega también a toda la creación que «espera ansiosa la manifestación de los hijos de Dios» (Rom 8, 19)⁷⁰.

El considerar la Redención como la creación renovada lleva también al Papa a percibir en la creación misma un nuevo aspecto: la creación como manifestación en el principio de la paternidad de Dios, reflejada en hacer al hombre a su imagen y semejanza y en el otorgarle toda la riqueza de la creación⁷¹. La Redención viene así entendida como la recuperación, en y por Cristo, de la paternidad de Dios manifestada ya en la creación. En este sentido escribe el Papa que, en Jesucristo, «el Dios de la creación se revela como el Dios de la Redención, como Dios que es fiel a sí mismo (cfr. 1 Tes 5, 24), fiel a su amor al hombre y al mundo, ya revelado el día de la creación»⁷². Precisamente esta fidelidad de Dios a su amor presente ya en la creación, será el fundamento en el que el Papa apoya la relación entre la justicia y la misericordia en Dios⁷³.

68. «En Jesucristo —escribe el Papa— el mundo visible, creado por Dios para el hombre (cfr. Gn 1, 26-30) —el mundo que, entrando el pecado está sujeto a la vanidad (cfr. Rom 8, 20)— adquiere nuevamente el vínculo original con la misma fuente divina de la Sabiduría y del Amor. En efecto, ‘tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo unigénito’ (Jn 3, 16)» (RH, 7).

69. El Papa cita ahora *Gaudium et spes* 2 y 13 subrayando que «el Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo a todo hombre».

70. Precisamente en los peligros y amenazas que sufre el mundo contemporáneo, el Papa ve *signos* del gemido de la creación anhelando una transformación radical.

71. Cfr. RH, 9.

72. *Ibidem*.

73. Cfr. DM, 4.

A la luz de la unidad de toda la Escritura, la Redención aparece también como un «nuevo inicio en relación con el *primero* —inicio *originario de la donación salvífica de Dios*— que se identifica con el misterio de la creación»⁷⁴. Tal donación salvífica en la creación, la ve el Papa reflejada en la expresión de Gn 1, 2 —«el Espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas»—, y en el haber creado Dios al hombre a su imagen y semejanza. Esta connotación salvífica de los textos del Génesis es descubierta, señala el Papa, por el lector cristiano que conoce ya la revelación del misterio trinitario⁷⁵.

Los textos sobre la creación y la caída son, pues, imprescindibles para comprender las dimensiones de la Redención y, a la inversa, sólo desde la revelación del Nuevo Testamento sobre el misterio de la Redención, se descubre el profundo significado de los textos de la creación y la caída⁷⁶. Así se ve que «la creación es completada con la encarnación e impregnada desde entonces por las fuerzas de la Redención que abarcan la humanidad y todo lo creado»⁷⁷.

b. *La obra de Cristo y la historia de Israel*

La unidad de la Escritura queda resaltada también por la valoración que el Papa hace de la historia de Israel, como tiempo y espacio en el que se descubre la acción de Dios que culminará con el envío del Hijo y del Espíritu como Persona divina. En efecto, las diversas alianzas de Dios con el antiguo Israel reflejan también la paternidad de Dios⁷⁸, y es a través de la historia del pueblo de la antigua Alianza, como los hombres, a los que Cristo se dirige en su predicación, han sacado ya «una experiencia peculiar de la

74. DV, 12.

75. Cfr. *ibidem*.

76. *Ibidem*, 36-38

77. *Ibidem*, 52.

78. Cfr. RH, 9.

misericordia de Dios»⁷⁹. Esta experiencia, reflejada particularmente en algunos vocablos del Antiguo Testamento en los que se detendrá el Papa, hace posible la comprensión de la obra mesiánica de Cristo como nueva manifestación de Dios «rico en misericordia».

La elección de Israel y su historia no pueden desvincularse, por otra parte, del misterio de la creación y del proyecto salvífico universal de Dios que culminará en Cristo⁸⁰. En razón de su elección y de su historia peculiar, Israel es el primer destinatario de los bienes mesiánicos. Así se deja entrever cuando el Papa presenta a Cristo, el Mesías, ungido con el Espíritu Santo. A la luz de los textos proféticos del Antiguo Testamento, el Mesías se presenta «como Aquél que *viene por el Espíritu Santo*, como Aquél que posee *la plenitud de este Espíritu en sí* y, al mismo tiempo, *para los demás*, para Israel, para todas las naciones y para toda la humanidad»⁸¹.

Podemos concluir este apartado diciendo que efectivamente el Papa lee el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo; pero, al mismo tiempo encuentra en los textos del Antiguo una base imprescindible para clarificar el significado de la revelación del Nuevo. Así lo afirma explícitamente en DV 16: «Los textos proféticos deben ser leídos a la luz del Evangelio, como a su vez el Nuevo Testamento recibe una particular clarificación por la admirable luz contenida en esos textos veterotestamentarios».

3. *La actualización del mensaje bíblico*

Es otro de los rasgos que merece destacarse en la utilización de la Escritura en estas Encíclicas. A lo largo de su discurso es constante la aplicación del texto bíblico a la situación presente del hombre y del cristiano. El Papa parte del convencimiento de que el lenguaje de la revelación es eterno, y, por tanto, válido también para el hombre de hoy⁸².

79. DM, 4.

80. Cfr. *ibidem*.

81. DV, 16. Cfr. 15-18.

82. Cfr. DM, 2.

En una lectura atenta de estos documentos pontificios nos parece poder observar que la actualización que en ellos se hace del texto bíblico no ocurre siempre de la misma forma, sino que depende estrechamente del tipo de lenguaje que presentan los diversos textos. Así podríamos señalar como tres modos distintos de actualización de la Escritura, íntimamente relacionados con el lenguaje en que se expresa: simbólico, histórico y teológico-moral.

a. *La Biblia habla del hombre y de su dignidad*

El Papa aduce pasajes en los que ve reflejados el ser y la situación del hombre: del hombre en general, de cada hombre y del hombre de hoy. Son textos en los que predomina el lenguaje simbólico o analógico, tales como los referentes a la creación y las parábolas de Jesús.

Constantemente se cita Gn 1, 27-28 como expresión del valor y dignidad de cada hombre, del hombre «histórico» y «concreto», con quien Cristo se ha unido por el misterio de la encarnación; y como expresión de la relación entre el hombre y la naturaleza, hoy gravemente amenazada⁸³. «No se trata aquí —escribe el Papa refiriéndose a la situación de «nuestro tiempo, el tiempo de nuestra generación»— más que de aquello que ha encontrado su expresión en el primer mensaje del Creador, dirigido al hombre en el momento en que le daba la tierra para que la ‘sometiese’ (Gn 1, 28)»⁸⁴. Y será asimismo en las ideologías materialistas de nuestro tiempo donde ve la actualidad de aquel pecado que se dio en el principio y «que es la raíz de todos los demás y foco de la pecaminosidad del hombre en la tierra, que no se apagará jamás»⁸⁵.

La situación del hombre de todos los tiempos, también del nuestro, la ve expresada el Papa en el lenguaje analógico de la parábola del hijo pródigo: «El hijo es, en cierto sentido, el hombre de

83. Cfr. RH, 13, 14, 15.

84. *Ibidem*, 16.

85. DV, 35. Cfr. 36-38.

todos los tiempos, comenzando por aquél que primeramente perdió la herencia de la gracia y la justicia original»⁸⁶. Sin negar la referencia de las palabras de Jesús a la infidelidad del pueblo de Israel —señalada muy de pasada y como obligado por el sentido literal— el significado fundamental se pone en la dimensión universal de la parábola que refleja el interior del hombre y todo proceso de conversión, así como la misericordia del Padre. Un proceso semejante de actualización se puede observar cuando el Papa, recordando especialmente a los cristianos la parábola del juicio final (Mt 25, 31-46) escribe: «Esta escena escatológica debe ser *aplicada* siempre a la historia del hombre, debe ser siempre «medida» de los actos humanos, como un esquema esencial de un examen de conciencia para cada uno y para todos...»⁸⁷.

En resumen, el lenguaje simbólico o analógico de la Escritura permite su actualización como expresión de la dignidad del hombre, de sus problemas y limitaciones, así como del camino que se le ofrece —la conversión a Dios por medio de Jesucristo— para poder alcanzar su verdadera condición. Ampliando la analogía que el Vaticano II establece entre la Sagrada Escritura y el Verbo encarnado a propósito del carácter divino-humano de la Biblia⁸⁸, podríamos también decir que, de manera semejante a como en Cristo se desvela el misterio del hombre, así es en la Escritura se descubre al hombre el verdadero ser del hombre. Ésta parece ser una de las perspectivas de actualización del texto bíblico seguida por el Papa.

b. *La historia bíblica interpela al hombre de hoy*

Constantemente encontramos citados en estas Encíclicas textos bíblicos referentes a acontecimientos del pasado, sobre todo relativos a la vida de Cristo, que ocupan un lugar centralísimo a lo largo de todo el discurso del Papa. En este caso es la historia mis-

86. DM, 5.

87. RH, 16.

88. Cfr. *Dei Verbum*, 13.

ma la que habla al hombre actual, sin que sea posible dejar de tomar una actitud ante ella. La actualización del texto bíblico consiste ahora en situar al hombre de hoy frente a una historia de la que él mismo forma parte.

Señalemos a este respecto la relevancia que adquiere en las tres Encíclicas la vida histórica de Jesús: sus palabras, sus acciones, y, sobre todo, su muerte y su resurrección. Por su predicación y sus hechos, Cristo se convierte «en signo legible de Dios que es amor (...). En tal signo visible, al igual que los hombres de aquel entonces, también los hombres de nuestro tiempo pueden ver al Padre», porque, en efecto, «Jesús, sobre todo con su estilo de vida y con sus acciones, ha demostrado cómo *en el mundo* en que vivimos está presente el amor, el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad»⁸⁹. Para el Papa, la historia de Cristo no sólo tiene interés para el cristiano que la comprende a la luz de la fe, sino que, como escribe en el RH «la vida de Cristo habla al mismo tiempo a tantos hombres que no están aún en condiciones de repetir con Pedro: 'Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo' (Mt 16, 16)»⁹⁰.

En estas Encíclicas vemos destacados especialmente los acontecimientos de la encarnación⁹¹, las palabras en las que Jesús define su misión⁹², algunas parábolas⁹³ el discurso de la Última Cena⁹⁴ y de manera especial la muerte de Cristo en la cruz seguida de la resurrección⁹⁵. No tiene tanto relieve, sin embargo, la consideración de los milagros de Jesús, quizá porque son los aspectos humanos de obediencia y sufrimiento redentor, y de compasión y

89. DM, 3. Cfr. DM, 18.

90. RH, 7.

91. Cfr. por ej. DV, 50.

92. Cfr. por ej. DM, 8.

93. Cfr. por ej. *ibidem*, 5-6.

94. Cfr. DV, 3 ss.

95. Así escribe por ej. en DM 7: «Justamente en el camino de la elección eterna del hombre a la dignidad de hijo adoptivo de Dios, se eleva en la historia la cruz de Cristo, Hijo unigénito que, en cuanto 'luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero' ha venido para dar el testimonio último de la admirable *alianza de Dios con la humanidad, de Dios con el hombre, con todo hombre*».

misericordia del Corazón de Cristo, lo que quiere resaltar especialmente. Sin duda porque es en estos aspectos de la humanidad de Cristo donde se revela propiamente al hombre lo que es el hombre: su dependencia de Dios, su grandeza y limitaciones, y su libertad. En este sentido leemos «Cristo que sufre habla sobre todo al hombre, y no solamente al creyente. También el hombre no creyente podrá descubrir en Él la elocuencia de la solidaridad con la suerte humana» ⁹⁶.

c. La Biblia como regla permanente de la fe y de la moral

El recurso del Papa en estas Encíclicas a los textos bíblicos para presentar la fe y la vida cristianas es tan abundante que hace imposible examinarlo aquí con detalle. Se trata de textos que tienen un carácter predominantemente doctrinal o exhortativo. También su mensaje interpela al hombre de hoy, a todo hombre, pero especialmente al creyente, iluminando y apoyando su fe, y presentándole las exigencias que de ella se derivan especialmente para nuestro tiempo.

Baste recordar cómo presenta el Papa la figura de Cristo Redentor al comienzo de la RH mediante un mosaico de textos del Nuevo Testamento, o cómo muestra al Espíritu Santo como Persona divina que procede del Padre y del Hijo al comienzo de la DV. Pensemos también en la atención prestada a algunos textos de las epístolas de San Pablo y de la 1 Jn, sin que falten citas de las otras epístolas católicas. La actualización del lenguaje bíblico para mostrar las verdades de fe y las realidades sacramentales de la Iglesia puede considerarse como un rasgo distintivo de estos documentos.

Para el Papa, las palabras de la Escritura tienen una perfecta resonancia en la misión y en la vida actual de la Iglesia. Es la comunidad cristiana de todos los tiempos la que escucha al Señor.

⁹⁶. DM, 7. En DM, 8 dirá «Cristo en cuanto crucificado, es el Verbo que no pasa (cfr. Mt 24, 35), es el que está a la puerta y llama al corazón de cada hombre (cfr. Apoc 3, 20)...».

Cristo mismo es «quien dice en cierto modo a cada miembro de esa comunidad 'Sígueme' (Jn 1, 43)». Y es de la enseñanza apostólica —escribe a propósito de Gal 5, 1— de donde «la Iglesia saca la inspiración constante, la invitación y el impulso para su misión y para su servicio a todos los hombres»⁹⁷.

Podríamos concluir diciendo que el Papa emplea la Escritura desde una visión teológica que parte del Vaticano II. Más que exégesis en sentido estricto lo que encontramos en estas Encíclicas son reflexiones profundas sobre el contenido de los textos a la luz de la verdad de fe y de la conciencia actual del ser y de la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo. En estas reflexiones laten los resultados de la exégesis reciente sobre todo en lo que se refiere al sentido histórico de la Escritura y su valoración, y a las visiones de conjunto de la teología bíblica. La utilización concreta de algunos textos, y, sobre todo, la interrelación establecida entre ellos, marca sin duda alguna un camino de reflexión y estudio exegético a los biblistas de profesión.

G. Aranda
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

97. RH, 21.